

NOVELA GRÁFICA

## EL ÁRABE DEL FUTURO

Riad Sattouf



Este fragmento de la autobiografía de Riad Sattouf (París, 1978), caricaturista y cineasta franco-sirio, constituye un retrato mordaz de algunas de las patologías de la identidad que proliferan hoy en día: el culto a la personalidad política, la corrupta burocracia migratoria, la opresión de género y la xenofobia inoculada desde la niñez. Sattouf colaboró en la revista satírica *Charlie Hebdo* hasta 2014 y actualmente publica en *L'Obs*. [U](#)



Lo primero que se veía al llegar al aeropuerto de Damasco era el retrato gigante de un bigotudo con la frente enorme: Hafez el Asad.



El aeropuerto se hallaba en peor estado que el de Libia.



A medida que avanzábamos por los pasillos, los retratos de Hafez el Asad se multiplicaban.



Militares armados comprobaban los pasaportes.



Cuanto más avanzaba la cola, más preocupado parecía mi padre.



Llegó nuestro turno.



El militar miró el pasaporte y de pronto se detuvo.

Khadamit jeché?



Un tipo me miraba fijamente.



Los papeles de mi padre parecían plantear problemas.

Ma khadam jeché? Chahatou al habiss!





Los taxistas gritaban. Era una competición de aullidos para llamar la atención.



Incluso llegaban a las manos.



Después de un rato, ya sólo quedaban dos.



Y los que habían abandonado contemplaban el final de la discusión mientras se repeinaban.



Finalmente, el vencedor, completamente exhausto, nos hizo entrar en su vehículo.



El aeropuerto estaba a las afueras de Damasco. Apenas se distinguía la capital desde la carretera.



En lo alto de una colina, se veía una especie de búnker que dominaba los alrededores.



¡El tamaño de la construcción es sólo para impresionar al pueblo!

¡Hafez el Asad es MUY listo!



El taxista fumaba como un carretero.



Tiraba la ceniza y las colillas por un agujero que había en el suelo.



El pueblo de mi padre estaba situado cerca de Homs, a 160 kilómetros de Damasco.



La autopista estaba bordeada por extraños tenderetes.



Como en Libia, el país parecía en construcción. Mi padre tenía la nariz pegada a la ventanilla. Yo me dormí.



Cuando volví a abrir los ojos, habíamos llegado al pueblo de mi padre: Ter Maaleh.



Nos recibió el cabeza de familia: mi tío Hadj Mohamed.



Mi abuela también estaba. De hecho, estaban todos los Sattouf del pueblo.



Mi tío nos hizo pasar a su casa. En aquel momento nos separaron. Mi padre fue a la habitación de los hombres...



...y nosotros, a la de las mujeres.



Todas las mujeres llevaban velo. Las de más edad tenían monedas de oro que sobresalían bajo los tocados.



El olor a sudor de cada una de ellas era particular y único. Mi melena rubia dejaba estupefacta a la audiencia.



Luego una mujer me quitó un zapato. Parecieron aliviadas al ver mis dedos de los pies pegados.



Mi abuela seguía teniendo la misma mirada. Parecía haber envejecido.



Había otros niños en la habitación. Lloriqueaban.



Luego, de pronto, varios chicos empezaron a pegarse.



Yo nunca había visto algo así: ¡se golpeaban!



Mi abuela me animó a unirme a ellos.



